

relacion; y habiendo visto que con iguales armas dió la muerte en esta ciudad á don Antonio de Leiba, por ocasion de la señora Anarda de Bustos: con consejo, y usando de la potestad que el Rey mi señor me ha dado, en su nombre declaro y doy por libre al dicho Periandro Colona, junto con Anarda de Bustos, para que hagan lo que les pareciere. Y aquí, mudando la severidad de juez en palabras de amistad, les dijo que su parecer era que Periandro diese la mano á Anarda, la cual con algunas lágrimas se resistió por haber perdido á don Antonio: tanto era el amor que á este caballero tuvo; pero viendo que se lo suplicaba de rodillas Periandro y aquellos caballeros, junto con el asistente, la dió; en

cuyos desposorios se halló doña Melchora y doña Juana, que tambien se desposó con don Gaspar, habiendo primero precedido la dispensacion de su Santidad, volviendo todos cuatro á Segovia, casando Anarda á Leonisa conforme á su estado, y doña Juana socorriendo á Matilde todo lo que duraron sus dias con mucha largueza, gozándose sus padres por ver á su hija tan á su gusto acomodada; tomando posesion Anarda de su herencia por haber probado el cumplimiento de la palabra que don Antonio le dió con fray Alvaro Cruillas, varon ilustre en letras y santidad, haciéndose en Segovia grandes saraos, donde concurió toda la nobleza á cortejar á tan grandes caballeros.

## ARDID DE LA POBREZA,

### Y ASTUCIAS DE VIRENO,

POR DON ANDRÉS DE PRADO, natural de Sigüenza.

ZARAGOZA, imperial y siempre augusta ciudad, corona del fidelísimo reino de Aragon, amparo de las extranjeras naciones, archivo de la justicia, enriquecida con el sin segundo templo que á la reina de los angélicos coros erigió el peregrino Apóstol, patron de la celebrada España, que hoy en un pilar, columna firme á sus vaivenes, benigna le asiste; erario y sublime mausoleo de tantos ilustres mártires, que por ser tantos el número no comprende, ni la aritmética alcanza; patria y madre de venerados santos y de heróicos varones, que con lo prodigioso de sus hechos han hecho inmortales sus nombres; en esta pues por la muchedumbre de mendigos que la inquietan, moscas á todos tiempos de las casas, sin hallar invierno que las ahuyente, se juntaron en las orillas del ya dicho rio cuatro pobres cosarios de toda dádiva, y representantes eternos de la miseria en el teatro de la vida.

Era el uno andaluz, segun decia; este contaba haber estado en Flándes, y que en cierta batalla que tuvo con un tercio de valones sobre un desgarró que tuvieron con el Tiempo, general antiguo de su milicia, se vieron en tanto aprieto, que si él no las socorriera con dos mangas perdidas de su tercio, era imposible escaparlos del rigor del capitán Polilla, enemigo capital suyo, con quien tuvo tanta hinchazon su persona, que aun le duraba en una pierna, columna en quien sustentaba su cuerpo, cuba de Sabagun, siempre respetado por puro, de cuya puridad tenia un ojo tan señalado, que parecia haber nacido en vendimias por criarse tan lagar. Tenia grandes habilidades, pues hacia cantar gallos sin ser media noche, dando con ambas manos y remedando su canto, y esto era para descubrir dónde habitaban las que él no comia, aunque pescaba, por haber nacido tan valiente.

Era el otro un estudiante que habia cursado en Grecia, porque nadie lo entendia, aunque él se entendia demasiado; este contaba que habia estado á pique de ser canónigo, y era tanta verdad, que á no faltarle el dinero, lo hubiera sido por Yepes y Madrigal y la calle de la Harza, tan celebrada de aquel famoso esbribano, afrenta de Morante, y terror de Casanova; gran cofradé

de los pan y vinos, gentileshombres de su estómago; era maravilloso herbolario, y curaba muchas enfermedades del bazo con su cotidiano ejercicio; y si alguno moria, solia decir: Así convino para el descanso de su alma. Llamábase por antonomasia el Dómine, renombre que habia adquirido por su pura severidad.

El tercero, que lo podia ser de cualquiera renegado por sus flores, iba hecho un cajon de sastré en su persona, por tanta diversidad de remiendos en capa y vestido de diferentes colores; este decia haberse visto en su patria bien acomodado, y no mentia, por haber andado lo mas á caballo por su oficio, que habia sido cochero tan diestro, que por dar una vuelta por las cortinas del coche, sin llevar medias ni vueltas, lo habian puesto de vuelta y media en solfa bien cantada, si mejor entendida de los que le vieron, cuando le cortejaron doscientos cardenales que el papa Correa le envió el día de su mayor lucimiento, por ser persona digna, como constaba, de su compañía, en cuyo día se vistió un jubon, que lo hizo sudar por ajustado, gala que le dejó el talle liso como la palma, gracias á sus hijos, digo los dátiles, que pusieron todo cuidado en su adorno; algunos maliciosos dijeron iban corridos los cardenales; y es que se encendian y mudaban colores, viendo la dicha de este caballero; pero ellos no se fatigaron, que fueron con mucha órden y concierto.

Era el cuarto y último de esta junta una estantigua por lo flaco y figura de la parca; este cantaba, y contaba, por hablar en tiple, que habia sido lucido ingenio en sus verdes años, que el tiempo habia agostado con sus vueltas; decia haberse visto cortejado y requerido, así de damas como de galanes, por haber sido célebre poeta, y de los de nombre, habiendo oscurecido con el suyo á los mas memorables de nuestros tiempos; y á la verdad era un remendon de Helicon, y pato en las corrientes cristalinas de Aganipe.

Estos cuatro pues se habian juntado á decretar el modo que tendrian para sustentarse á costa de la diligencia de los otros pobres, harto mas necesitados que no ellos por sus verdaderos achaques. Dijo el Sargento, que este era el nombre del primero, era su parecer que

el señor estudiante fuera el secretario, por cuya cuenta corriese el tomar por arancel todos los nombres de los otros mendigos, y que los forasteros estuvieran obligados á registrarse para saber cuántos se aumentaban en tan honrado colegio, dándole oficio de pesquisidor y visitador de parajes al cochero, para que descontara á pié lo que había vivido á caballo, pues tenía noticia dónde le apretaba el jubon, y no los zapatos, porque no los traía por no ponerse en puntos con vinagres, por lo que tienen de cuero. Diéronle la plaza de entretenido en todos puestos al poeta, nombre propio de mendigo, pues ninguno es rico con haber hecho tan linda hacienda que se ve alabada de muchos, cantada de algunos, y codiciada de otros, adquiriendo siempre el nombre de buen caudal, sin tener un cuarto. Quedándose para sí el Sargento con la sobrebevia, digo soberanía, el título de archipobre, como si dijéramos archipoltron en esta vida descarada, pues no se les cae, pidiendo siempre. Distribuyendo las calles por cédulas, como puestos en fiestas de toros en la corte para que no se toparan estos pozales humanos al sacar, dándoles el método de su mano, y refrendado del secretario en la forma siguiente:

Primeramente, sea estatuto inviolable entre nosotros que todos nuestros colegiales y compañeros se hagan sordos al «Dios te perdona»; porque los tales viven, y esa es rogativa para los finados.

Item, que ninguno tome tabaco en público, por quitar la comun costumbre á los oyentes del «Dios te ayude», y se lo lleven cabo adelante al tiempo que les pedimos, imaginando que estornudamos, siendo nuestras voces las que les obligan á estornudar á sus bolsas.

Item, ninguno pida cantando como aleman, pues estos mas provocan á risa que á lástima; y solo sea lícito á las damas que viven cantando, y á los clérigos que se sustentan de lo que otros lloran, juntamente con los médicos y cirujanos.

Item, sea lícito á nuestros colegiales el fingir llagas, remedar cojos, y remedar mancos, sin que por ello sean castigados, pues son juros de la pobreza aprobados y consentidos.

Item, en las sopas de los conventos y de casas particulares el que mas veces pudiere tomar, lo haga, pues ve que todas las cosas se mudan, y en los áridos, etc.

Item, bien mirado que somos muchos, me ha parecido repartir las calles mas principales; y valiéndome de la facultad que tengo, las distribuyo en esta forma.

La calle de la Ilarza sea reservada para mi persona tan solamente, pues en ella tengo mi gozo, que no será aguado mientras no salga.

Tambien la de San Pablo con sus bodegas y cubas, en las cuales no puedan entrar mis colegiales sino con mi persona, pagándome los gastos que en ellas hiciere.

Lo restante de la parroquia sea visitado de nuestro secretario sin inquietud ninguna; la del Coso, con sus callejuelas de Santa Catalina, sea de nuestro hermano el poeta, para que tengan algun alivio las musas en sus fatigas.

Y la callejuela de Monserrate, con la plaza de Santa Marta, quede para el cochero, sin entrar en la calle Mayor, por no traerle á la memoria sus prosperidades, y ocasionarle se desvanezca de pensar en ellas con los que suelen ir por esta tan bien cortejados, que los salen á ver de propósito, alabando sus talles y gentileza.

Así repartió el archipobre las calles, quedándose con facultad de enmendar y corregir dichas constituciones, que juraron sobre la hortera de guardar los dichos colegiales, quedando de verse cada ocho dias en el mismo puesto, á que dieron nombre de nuevo areópago, para conferir sus leyes, despidiéndose cada uno para acudir á sus puestos señalados.

CASOS RAROS QUE LE SUCEDEN AL LICENCIADO VIRENO, LLAMADO EL DOMINE POR ANTONOMASIA.

Vivia en una de las calles de nuestro licenciado una señora viuda, al parecer, con dos hijas doneellas, probadísimas y codiciadas de muchos, sirviéndoles la madre de sombra, para que los rayos de la malicia no las ofendieran y para que á esta tuvieran sus entretenimientos, que no eran muy lícitos. Llamábase la mayor Olimpa, si no tan burlada como la de su nombre, tan gozada de muchos y deseada de otros. La segunda, y menor en la edad, era su nombre Lucrecia, pero sin Tatquino, pues nadie le había hecho fuerza á su entereza ó rotura. A estas vió nuestro licenciado, y llegando con la sumision ordinaria á pedirles limosna, Olimpa, que era de su natural caritativa, desnudando la blanca mano, le dió al pobre licenciado un cristalino cintarazo, que le llegó á las niñas de los ojos, á que el dicho, viéndose herido, hizo esta redondilla:

Para que el mundo te aclame  
Será el mas humano,  
Con tan peregrina mano  
No me hieras, pero dame.

No lo dijo tan bajo que no lo entendiera Olimpa, y alabando la lisonja, le pidió si queria enseñarlas á leer á ella y á su hermana, á que se ofreció muy gustoso, diciendo que ese había sido su ejercicio en Madrid en casa de los mayores señores, de quienes se había visto estimado, y que por ciertos intervalos estaba con ja miseria que le veian; pero que algun tiempo podria ser volveria á verse en su primer estado, ofreciendo traerles dos libros para que aprendiesen los primeros rudimentos, á que doña Sofia, que así se llamaba la madre, le dijo, dándole cuatro reales: Usted los compre y acuda á casa, que yo le satisfaré su trabajo. Con esto se despidió Vireno, quedando en volver á la tarde, entrándose las damas en su casa alabando Lucrecia y Olimpa el buen modo de Vireno, diciendo doña Sofia: Ya tenéis, niñas, lo que deseábais, pues este señor os enseñará todo lo que tanto habeis pretendido.

Llegó la hora de las cuatro, en que nuestro estudiante fué á esta casa con dos romanceros que había comprado, alabando la claridad de su autor, y ponderando el romance de Valdovinos, las traiciones de Galalon y astucias de Carloto, con los amores del conde Claros,

que con mucho regocijo fué recibido de Olimpa, que la halló sola, por haber ido doña Sofia con su hermana á cierta visita; y habiendo tomado silla á su lado, la comenzó á exagerar su hermosura y de paso alabarle un rosario de finos arambres que al brazo tenía con una preciosa imagen de oro de nuestra señora del Pilar, esmaltada con algunos rubies, á que Olimpa, desasiéndole del brazo, se le ofreció, diciéndole se sirviera de él; algo rehusó nuestro Vireno; pero notando que al segundo envite no le tuviera en su mano, y habiéndolo besado muchas veces, se lo puso en la faldriguera diciendo era echarle una cadena para confesarse esclavo de su liberalidad, en tanto que el cielo le diese vida. En esto estaban, cuando fué avisada que le venia una visita, y preguntando Vireno si embarazaba, fuéle respondido que no, por ser una amiga de muchos dias y muy entretenida; por lo cual componiéndose la esperó nuestro licenciado.

Entró Tirse, que este era su nombre, haciendo paraiso la pieza, y habiendo sido saludada de Olimpa y Vireno, les preguntó en qué se entretenian, á que respondió Olimpa ser el señor licenciado célebre poeta. No le contentó mucho á Tirse el renombre, por ver estaria baldía su habilidad, que era la de sacar con tanta admiracion, que á Midas y á Salazar los hubiera hecho Alejandro; pero consolóse con que el poeta, si queria, le podia dar á una dama las perlas de Ceilan para los dientes, el oro de Arabia para los rizos, la nieve de los Alpes para el rostro y manos, el blando céfiro para el garbo del talle, el azabache para cejas, ojos y pestañas, con todos los atributos para una perfecta belleza; y mudando el ceño que le había ocasionado su facultad en halagüeño cortejo, le dijo: Mucho me huelgo estés tan bien acompañada de este caballero, pues yo ha muchos dias deseaba hallar uno de sus prendas para empeñarle en ciertos versos que me ha de hacer, dándole el asunto, que es alabar la liberalidad de una amiga mia, que es en tanto grado su largueza, que no solo regala y acaricia con los favores, sino tambien con las dádivas; pues se extiende hasta darle los cortes de diversas telas para su adorno, de que estoy admirada. No tiene usted de qué estarlo, replicó Vireno, que en las historias antiguas y modernas se halla no ser esa dama el fénix, pues vemos que dieron estas, no solo favores, pero dádivas, y yo que soy el mas mínimo de los hombres, pudiera decir he hallado deidad, que no solo me ha favorecido, pero dado alguna alhaja de valor. Bien hubieran hecho estas razones salir colores á Olimpa, si no los reprimiera por estar Tirse delante, la cual dijo: No tiene usted que encarecerlo, que yo, con ser en la edad rapaza, he conocido algunas. No lo digo por tanto, acudió Tirse, que yo lo creo, y suplico se me haga favor de los versos que le he pedido. Respondió Vireno: El nombre de esa dama y caballero he menester, que lo demás correrá por mi cuenta. A que Tirse dijo: El nombre de la dama se encubre con el de Anarda, y el del caballero se disimula con el de Fuentes, apellido del valeroso conde de ese título, cuyos ardi-

mientos han dado tantos timbres á nuestro monarca. Está bien, dijo él, quedando al otro dia el dar las décimas, de que se mostró muy gustosa Olimpa, por haber acreditado lo que había dicho á Tirse. Así pasaron entretenidos hasta que se llegó la hora en que había de venir doña Sofia con Lucrecia, con cuya venida se ausentó Vireno, quedando volver al dia siguiente, diciendo á las hermanas tuvieran prevenida la leccion.

No estaban á esta sazón baldíos los camaradas de nuestro licenciado, pues el Sargento no había dejado de hacer de las suyas, y el cochero por su paraje de dar sus vueltas, y el poeta con su entretenimiento había juntado muy buenas blanguillas, pero no tan buenas para pañales á recién nacidos como para su estómago. Había este héchose villancista, con que no lo dejaban los ciegos, con quienes tenía hecho asiento, y le iba muy bien. Componia en tono grave, y enseñaba á rezar con eco y gesto de facciones, que era cosa bien ridícula; hizo unos versos á san Jerónimo, que habían hecho tanto ruido como su poeta, que, si mal no me acuerdo, decian:

LETRA Á SAN JERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA, ETC.

Aunque el discurrir me aqueja,  
Cantaré por ejercicio  
De aquel santo que aconseja  
Para vivir con juicio  
Tenerlo siempre á la oreja.  
En un monte solitario  
Grande penitencia hacia,  
Huyendo del mundo vario;  
Y en Roma entonces podía  
Estar como un vicario.  
Con un pedernal herir  
Solía á veces su pecho;  
Y así quiso persuadir  
Que le hizo gran provecho,  
Pues lo pudo digerir.  
De una espina un leon herido,  
A este gran doctor llegó,  
Y siendo de él socorrido,  
Hecho un cordero quedó  
Para servirle valido.  
Era gran ciceroniano,  
Y amigo de leer en él.  
Siendo en este error humano,  
Y para sacarle de él  
Mandó Dios darle una mano.  
Si al dormir de Dios el ceño  
Lo sacó de horrores tales,  
Al mirar su desempeño  
Conoció por las señales  
Que no era cosa de sueño.  
Penitencia de tal suerte  
Por vicios del mundo hacia,  
Que en su retrato se advierte  
Que en este mundo tenía  
Muerte en vida, vida en muerte.  
Hizo en diversos lugares  
Altars al Rey del cielo,  
Dando al demonio pesares,  
Que le murmuró en el suelo,  
Aun viéndole hacer altars.  
Y viendo tanta rencilla,  
Jerónimo á su contrario  
Quiso darle una papilla;  
Armóse con su rosario,  
Y metióse en la capilla.

Disimularon los oyentes los yerros que advirtieron en la letra, y el prosiguió.

Ya á esta sazón Vireno había hecho los versos, y én-